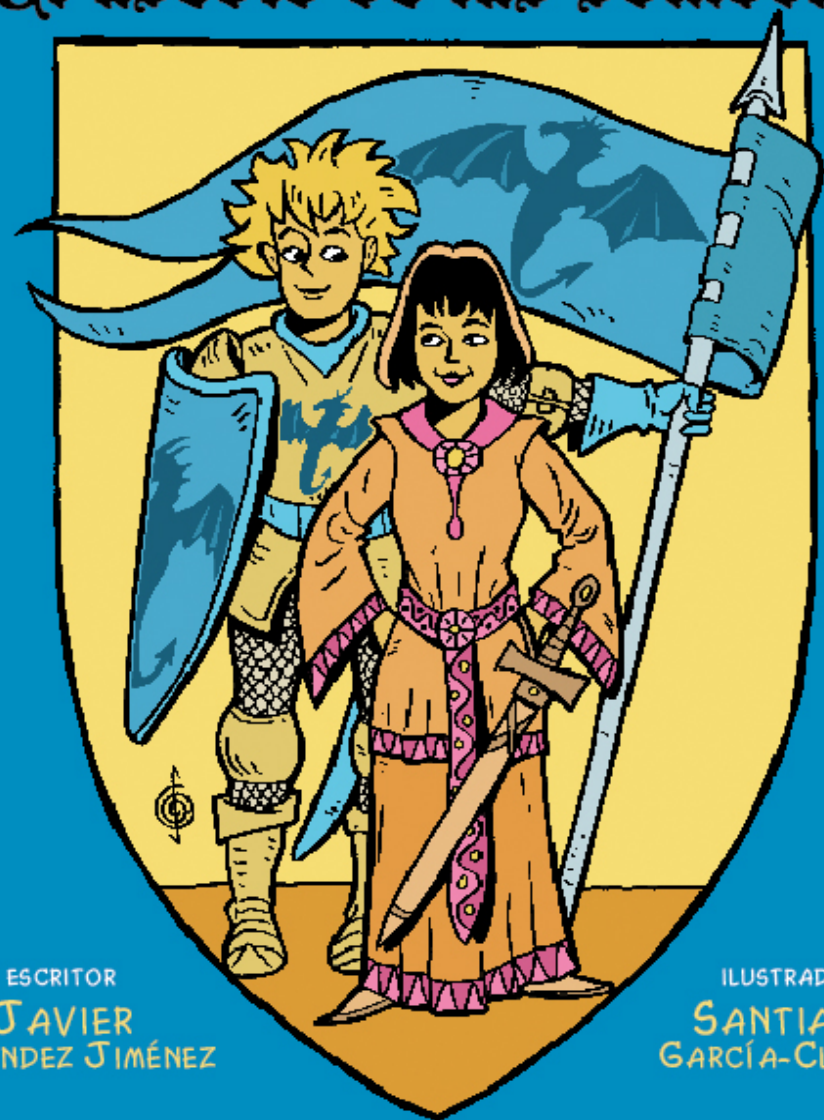


LA GRAN
AVENTURA DE

SIR WILFRED

El asedio de las sombras



ESCRITOR

JAVIER

FERNÁNDEZ JIMÉNEZ

ILUSTRADOR

SANTIAGO

GARCÍA-CLAIRAC

La Gran Aventura de
SIR WILFREDO
(trilogía)

ESCRITOR

JAVIER FERNÁNDEZ JIMÉNEZ

ILUSTRADOR

SANTIAGO GARCÍA-CLAIRAC





© del texto, Javier Fernández Jiménez
© ilustraciones, Santiago García-Clairac
© Ediciones DiQueSí
28022-Madrid
www.edicionesdiquesi.com
novedad@edicionesdiquesi.com

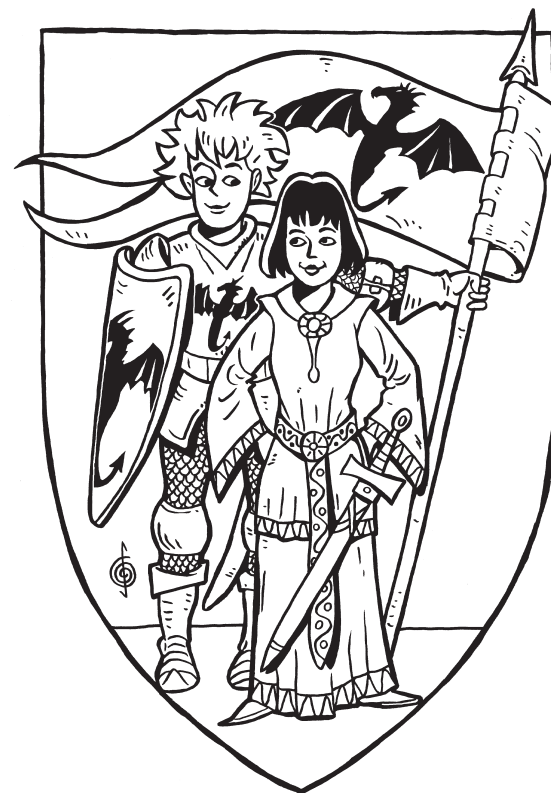
Dirección editorial: María J. Gómez
Diseño: EstelleTalavera

ISBN: 978-84-941615-7-5
Depósito Legal: M-12252-2015
© Todos los derechos reservados
1ª Edición: Madrid, 2015
Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

El asedio de las sombras

LIBRO PRIMERO





*Para Marcos y Moisés,
los caballeros más grandes
de mi Reino.*

Capítulo 1

SIR WILFREDO

Sir Wilfredo era el caballero más corriente del más corriente de los reinos de Telluón: Tedium, el rincón más tranquilo y sosegado de todos los lugares del mundo. Sus gentes eran simples aldeanos pacíficos y ejemplares, nunca había grandes disturbios, y los ladrones y criminales pronto se desesperaban de deambular por unas calles tan aburridas, en las que no sucedía nada fuera de lo normal.

Esta era la razón de que Tedium fuera un reino que carecía de un ejército de acuerdo a los estándares de la época. Entre sus filas no se encontraban aguerridos caballeros deseosos de lucha y aventuras, sino más bien todo lo contrario: caballeros esmirriados y estirados que buscaban una vida tranquila y apacible.

El nombre de la inexpugnable fortaleza que coronaba el reino (lo de “inexpugnable” es un decir, ya que nunca nadie había intentado conquistarla) era Grey Castle. Tenía su rey y todo, aunque la monotonía y el aburrimiento eran los verdaderos señores de aquel feudo sin par en el que, desde su más tierna niñez, residía sir Wilfredo, que pronto pasaría a los anales de la historia como uno de los más grandes aventureros y caballeros de todos los tiempos. Aunque poco podía sospechar aquel desgarrado joven de pelo rubio pajizo, con más de un metro ochenta de estatura y rostro nada agraciado, lo que el destino le tenía preparado.

Los padres de Wilfredo habían sido mercaderes comunes y corrientes que, al no poder hacerse cargo de la manutención de un muchacho tan espigado y enfermizo, lo habían llevado a la fortaleza de Tedium para que se convirtiera en caballero. Ni que decir tiene que los padres de Wilfredo lo querían tanto como un labrador a su burro más útil, pero a la vista del cuerpo de aquel niño, pronto comprendieron que su hijo solo serviría para ocupar un puesto que no requiriera mucho esfuerzo físico: el de caballero real.

Cierto es que he dicho ya que la paz reinaba en Tedium, y es verdad; pero aun así, contaba con un ejército de caballeros, ataviados con armaduras plateadas y relucientes, poseedores de un grandilocuente porte recio y marcial. Quedaban muy elegantes sobre las almenas de Grey Castle o custodiando el salón del trono.

Porque nunca sucedía nada extraño en Tedium o sus alrededores.

Wilfredo fue adiestrado durante años en el manejo de todo tipo de armas, pero sobre todo en lo relativo a desfilar con elegancia o a posar con ellas delante de los nobles y reyes de Tedium. Jamás destacó por encima de sus compañeros, y siempre se conformó con ir pasando las pruebas que le permitieran continuar su aprendizaje. Y así, consiguió completar su formación y ser nombrado e investido caballero.

El día en el que Wilfredo debía haber sido nombrado caballero por su rey, junto a sus noventa y siete compañe-

ros, se resfrió a causa de su constitución más bien debilu-cha y la noche que había pasado velando las armas. Se tuvo que conformar con unas palmaditas en la espalda de su capitán, que le hizo entrega de su primera espada propia la tarde siguiente. Se trataba de una espadita corta y mellada, de segunda mano, pues en la forja solo habían realizado noventa y siete magníficas tizonas, olvidándose de él por completo.

A su nombramiento no acudió el rey para felicitarle, ni la princesa para enamorarse de él a primera vista, ni un hada que le otorgase alguna virtud mágica, ni tan siquiera sus compañeros, que ya habían empezado con las guardias... Solo hubo dos asistentes: él y su capitán. Bueno, y noventa y ocho caballos, pues fue investido en las cuabras de su compañía, que acababa de acoger a los nuevos equinos de los recién nombrados caballeros.

Una vez que su capitán le dio aquellas palmaditas en el hombro (o en la espalda, tampoco es que sea muy importante el dato en concreto, ¿no?), le hizo entrega de su desgastada (y ligeramente doblada) espada y le comunicó que ya era todo un caballero de Tedium. Ya era *sir* Wilfredo. Este, a pesar de estar más contento que en toda su vida, pidió a su capitán un último favor: quería conocer ya a su caballo, porque estaba seguro de que resultaría ser el más maravilloso de cuantos dormitaban en aquel establo.

El capitán asintió, sonriente aunque un tanto preocupado. Esperaba alguna queja por parte del enclenque caballero. Es más, estaba seguro de que aquel joven protestaría enérgicamente al ver el animal que le había toca-

do en gracia... Y todo por ser el último en ser nombrado caballero. Apesadumbrado por la suerte de aquel infeliz, comenzó a recorrer el establo con sir Wilfredo pisándole los talones. Pasaron entre negros purasangres traídos del sur, magníficos corceles de pelaje castaño, hermosos jamelgos pulcramente aseados y cepillados...

Y llegaron hasta un pequeño establitito situado al fondo. El flamante caballero se asomó por la portezuela y vio, entre las sombras del recinto, una silueta negra y delgada que apenas se distinguía en la penumbra de lo fino que era.

Antes de que el capitán fuera capaz de mediar excusa alguna, el joven abrió la diminuta portezuela de madera y accedió a la caballeriza. El caballo, presa de la agitación al descubrir un humano invadiendo impetuosamente su espacio vital, se levantó de un brinco, piafando nervioso. Unas suaves caricias en el lomo, acompañadas por palabras tiernas murmuradas por el chico, resultaron suficientes para calmar al delgado alazán.

Mientras rascaba distraídamente detrás de las orejas al escuchimizado rocín, el caballero percibió que el animal era blanco, y tan delgado como había supuesto al entreverlo a través de la puertecilla. Pasó su mano por la suave, despeinada y amarillenta crin del cuadrúpedo, y escuchó en silencio la tranquilizada respiración de su nuevo amigo. Al hacerlo, aunque el capitán no pudo ver su rostro, sonrió con ganas.

Wilfredo miró su espadita, su esmirriada montura y los lustrosos caballos de sus compañeros repartidos por todo el establo. Su mente estalló de pronto.

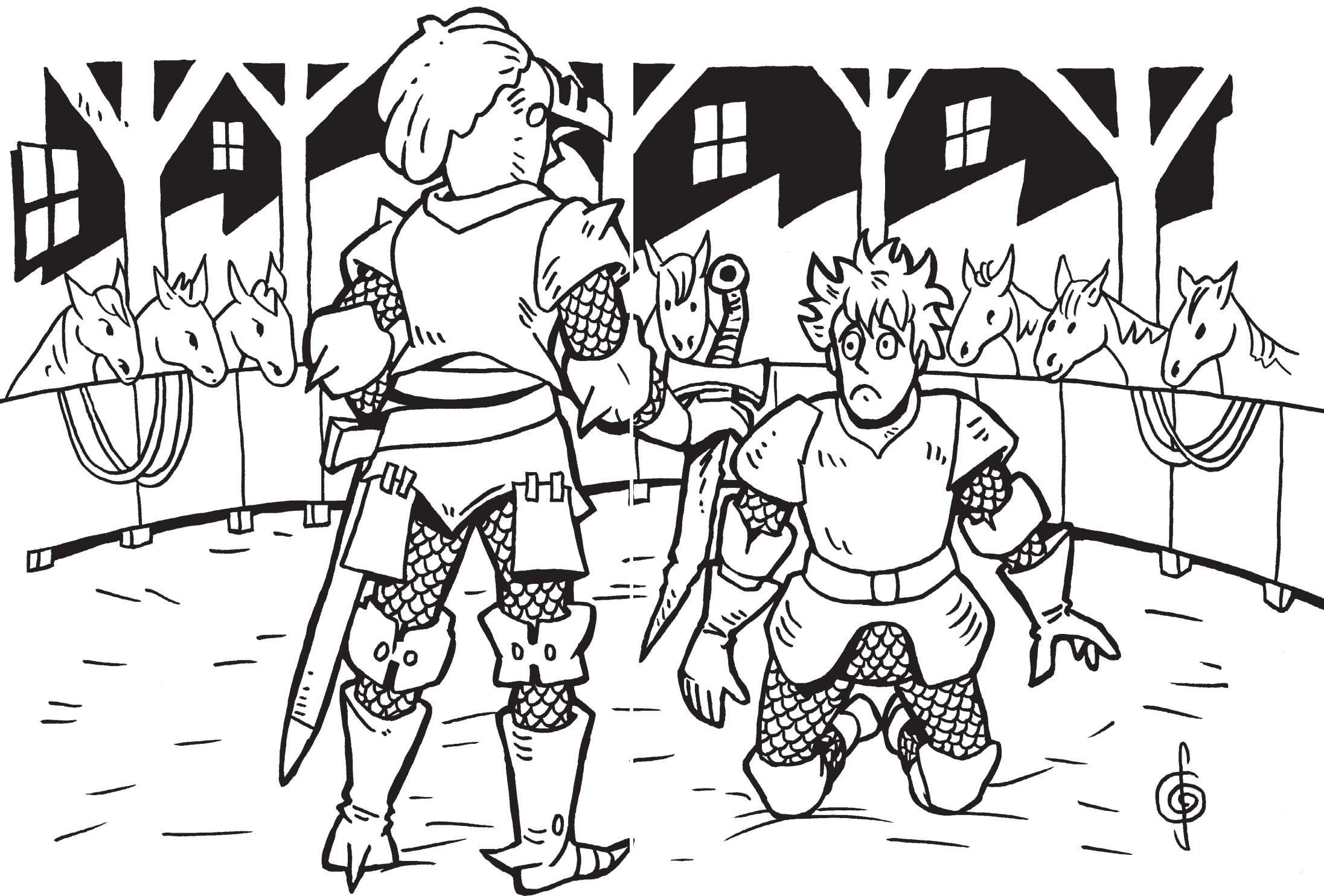
—Señor —expresó en tono alterado. El capitán se preparó para enarbolar cualquier excusa—. ¿Cómo se llama mi caballo?

El capitán se llevó una tremenda sorpresa al escuchar el tono de felicidad de su subordinado. Le miró desconcertado, entrecerrando los ojos, como si no se creyera que aquel joven caballero no protestara por tan injusta situación. Durante unos segundos, sostuvo la mirada del mozo, buscando en sus pupilas algún resquicio de mordacidad o ironía; mas no la encontró en ningún momento. Al contrario, descubrió una enorme satisfacción en el rostro del muchacho.

—Eso es algo que deberás decidir tú —contestó tras la examinadora mirada. Aquel chico le caía bien, no había en él ni una pizca de malicia—. Tu caballo se llamará como tú dispongas. Míralo bien —aconsejó—, cierra los ojos y evoca su figura galopando bajo un cielo estrellado o un sol reluciente. Siente su carrera sobre una inmensa pradera verde y dime... ¿cómo se llama tu caballo?

Un tanto sorprendido por la apasionada recomendación de su superior, Wilfredo siguió los pasos enumerados por su capitán, viendo en su mente lo que este le había sugerido. Así lo sintió, como si de verdad se hallase cabalgando a lomos de su corcel, con el aire acariciando su rostro. Enseguida tuvo claro cuál sería el nombre de su nuevo compañero de fatigas.

—Viento, mi capitán. Se llama Viento —afirmó entusiasmado.



—Excelente elección —manifestó el oficial con una sonrisa abierta. Definitivamente, aquel chico le caía muy bien—. Será un buen caballo, y veloz como el viento, seguro.

Con estas palabras, se alejó del recién nombrado caballero, preguntándose para sus adentros por qué aquel jovenzuelo se limitaba a sonreír, mudo de puro contento. Por qué aquel chico, que había superado las pruebas como el resto, no había sido honrado por el rey de igual modo que los otros caballeros... Por un segundo se sintió tentado de instarle a reclamar sus derechos, pero al mirarle de nuevo y descubrir la ternura de la mirada con la que el joven contemplaba su montura, y el cuidado con el que cepillaba su pelaje, se dijo que quizás el destino había decidido que aquel caballero corriente tuviera la más corriente de las espadas y el más corriente de los corceles.

A veces, el destino es así de travieso, ya se sabe.

Pasaron unos meses y Wilfredo, perdón, *sir Wilfredo*, vivía plácidamente en el castillo de Tedium con su continua e inalterable monotonía. Tal y como había soñado desde que llegó de niño a aquella fortaleza, hacía una guardia de almena cada dos días y, a veces, alguna de puerta. De tanto en tanto, cabalgaba por las afueras del baluarte a lomos de Viento (sin alejarse demasiado), y otros días, las mejores y más aburridas guardias: las del salón de audiencias, donde jamás ocurría nada fuera de lo habitual. Wilfredo continuaba sin llamar la atención y nadie le tenía

en cuenta a la hora de decidir cualquier cosa, a pesar de ser ya todo un caballero real.

En fin, uno más, pero qué feliz era...

Mas a menudo, el destino nos juega malas pasadas y hace que nuestro hermoso y monótono mundo se desmorone de pronto. Eso fue lo que le ocurrió a nuestro feliz protagonista.

Aquella mañana había salido temprano de su pabellón. A pesar de que todos los caballeros podían disponer de una habitación propia, *sir Wilfredo* había preferido continuar viviendo junto a otros caballeros en aquel barracón donde pasaba desapercibido, tal y como a él le gustaba. Tal vez fuera porque ni siquiera le miraban, pero si les hubieras preguntado por su compañero Wilfredo y su jamelgo Viento, te habrían contestado que ninguno de los caballeros reales respondía a tal nombre.

Tenía guardia en la Sala de Audiencias, en la que el rey atendía las peticiones de algunos de sus vasallos (aquellos que consiguieran llegar antes de que su majestad se durmiera en el mismísimo trono), pero antes de ir a aquella aburrida prestación, se encaminó al establo para *conversar* con Viento. Su delgado caballito blanco era el único ser que le escuchaba, y claro, *sir Wilfredo* le consideraba algo más que una simple montura. Para el satisfecho paladín de Tedium, Viento representaba a su único amigo.

Cierto era que Viento no le respondía nunca, pues no dejaba de ser un rocín de lo más corriente; sin embargo, era precisamente por eso por lo que Wilfredo se atrevía a contarle tantas cosas. El caballo era como un diario donde

decir aquello que había callado durante todo el día, o un lugar donde aportar ideas que nadie escucharía nunca, así como el espacio en el que expresar pensamientos propios que no se habría atrevido a compartir con nadie más.

Contó a Viento los últimos rumores llegados a Tedium sobre una enorme batalla ocurrida en Oblectatium (un reino lejano que parecía ser muy diferente de Tedium, si se tenían en cuenta las noticias de los juglares y viajeros más osados), en la que habían resultado heridos dos guerreros. Sir Wilfredo sintió un tremendo escalofrío recorriéndole la espalda al pensar en aquellos dos héroes terriblemente heridos al chocar uno contra otro, según decían los bardos, y abrirse una brecha en la cabeza. Nuestro amigo se aseó y se dirigió a su puesto de guardia donde, como siempre, no fue ni el primero ni el último en llegar.

Antes de que entrase el rey, terminó de ajustar las grebas y algunas juntas de la inmaculada coraza plateada que vestía. Al igual que sus once compañeros de guardia, iba ataviado con la pesada armadura ceremonial de audiencias, que chirriaba al caminar. Una capa de color azul marino y un hermoso yelmo, coronado con tres enormes plumas de pavo real, completaban el cuadro.

Cuando sonó la cerradura del salón, *sir Wilfredo* asió su imponente alabarda que, como la de sus compañeros, tenía el filo romo para que no pudiera ocasionar ningún accidente.

Por la alargada alfombra roja que recorría el salón rectangular, circundado por columnas con hermosos labrados en sus capiteles, desfiló el rey de Tedium: un hombre

de mediana edad, complexión robusta y rostro rubicundo. Llevaba el pelo castaño bastante corto y lucía una cuidada barba. Sus ropas quedaban ocultas bajo una capa granate que lo envolvía por completo, y en su cabeza lucía la corona del reino de Tedium, que era de oro corriente, pero brillaba con intensidad gracias a los rayos de sol que se colaban por las hermosas vidrieras de colores.

En definitiva... un rey como otro cualquiera.

Bajo la alta bóveda hemisférica de piedra gris que cubría el recinto, el rey atravesó el corredor, que le llevó hasta el lugar sobre el que reposaba el trono real (un simple sillón de cuero). Pasando entre sus doce leales caballeros, que sostenían las alabardas con mucha solemnidad, el soberano ascendió los tres escalones que llevaban hasta la butaca y bostezó largamente. Los guardias retrasaron su posición hasta situarse detrás de las columnas.

La puerta sonó una vez más, y por ella accedió el típico chambelán espigado y malhumorado que hay en todas las cortes palaciegas. El sirviente observó con gesto adusto a los caballeros y al salón en general, y cuando pareció estar conforme con la disposición de todo, miró al rey de soslayo. Este volvió a bostezar ligeramente mientras realizaba un aburrido gesto de asentimiento con la mano.

El chambelán carraspeó, desplegando un pergamino de casi un metro de largo, del que leyó en voz alta al primero de los vasallos que solicitaba audiencia: un campesino que había extraviado una vaca.

Sir Wilfredo sonrió, porque no era la primera vez que hacía guardia en aquel mismo lugar y en idéntica postura.

Se sabía de memoria todas las peticiones de los siervos; incluso solía fantasear con que de ser él quien estuviera sentado en aquel trono, le resultaría muy fácil dar respuesta a todas aquellas cuestiones. Había oído aquellas preguntas y respuestas más de mil veces. Siempre era lo mismo...

Porque nunca sucedía nada extraño en Tedium o sus alrededores.

Capítulo 2

UNA PETICIÓN DESESPERADA

Wilfredo contuvo como pudo un estornudo insolente que luchaba con él para salir al exterior, y bostezó bajo el yelmo, aburrido. Por la luz que se colaba a través de las vidrieras, calculó que era casi mediodía. Quedaba poco para que concluyera la sesión de audiencias, y con ella, aquella guardia especialmente aburrida.

Sobre la lisa y estirada alfombra roja que conducía al trono, habían deambulado todo tipo de campesinos tediosos con sus asuntos triviales, como la pugna de dos herreros que discutían acerca de cuál de los dos había forjado la mejor espada de todo Tedium. Para demostrar que la suya era la mejor, cada uno de ellos llevó una muestra de su trabajo. El rey las cogió, las sopesó, y como no tenía ni la más remota idea de armas, no fue capaz de discernir cuál de las dos era mejor.

—Están muy afiladas, ¿no? —inquirió temeroso el monarca, ante la atónita mirada de los dos herreros, que se quedaron boquiabiertos—. Volved la semana que viene con las puntas limadas, y la espada que tenga menos filo será la ganadora —sentenció su graciosa majestad.

Los dos herreros se miraron entre sí. Desconcertados, tomaron sus espadas, envainándolas en el cuero trabajado por los mejores curtidores del castillo, y caminaron

juntos por la alfombra hasta la puerta, dialogando entre sí ante la loca perspectiva de quitar el filo a tan magníficas armas. Olvidada ya toda disputa entre ellos, se fueron sonrientes en dirección a la taberna de la aldea, sin caer en la cuenta de que el uno portaba la espada del otro.

Nuestro caballero asintió feliz cuando los dos herreros abandonaron la sala, pensando que una mañana más de guardia había concluido sin novedad... Hasta que, de repente, entró en el salón un chiquillo ataviado con una armadura de color púrpura con una enredadera grabada en el pecho. Le quedaba demasiado grande, lo que dificultaba gravemente sus movimientos. Con un sonido estrepitoso se encaminó hacia la figura del rey, mientras este lo observaba con mirada impasible.

A pesar de estar prohibido, todos los custodios de la guardia se agitaron con el ruido y el ímpetu inusual del caballero recién llegado, incluido Wilfredo, y giraron el cuello al mismo tiempo para contemplar, con ojos abiertos como platos, la manera en la que aquel chiquillo conseguía enturbiar el siempre apacible rostro del rey.

—... Necesitamos vuestra ayuda...

Esta fue la parte del diálogo que llegó a oídos de nuestro caballero Wilfredo. El pobre casi sufre un vahído ante tal afrenta. ¡Todos los reinos sabían que no se podía pedir ayuda a Tedium!

Sin moverse, enfocó la mirada hacia el estrafalario caballero vestido de morado, que hacía aspavientos junto a la figura del rey y hablaba acaloradamente, mientras

el monarca permanecía con gesto aburrido y recostado contra el trono.

Wilfredo recorrió la sala con la vista y halló la mirada de disgusto del chambelán, cuyo rostro parecía una pasa amarga, con su afilada nariz un tanto arrugada.

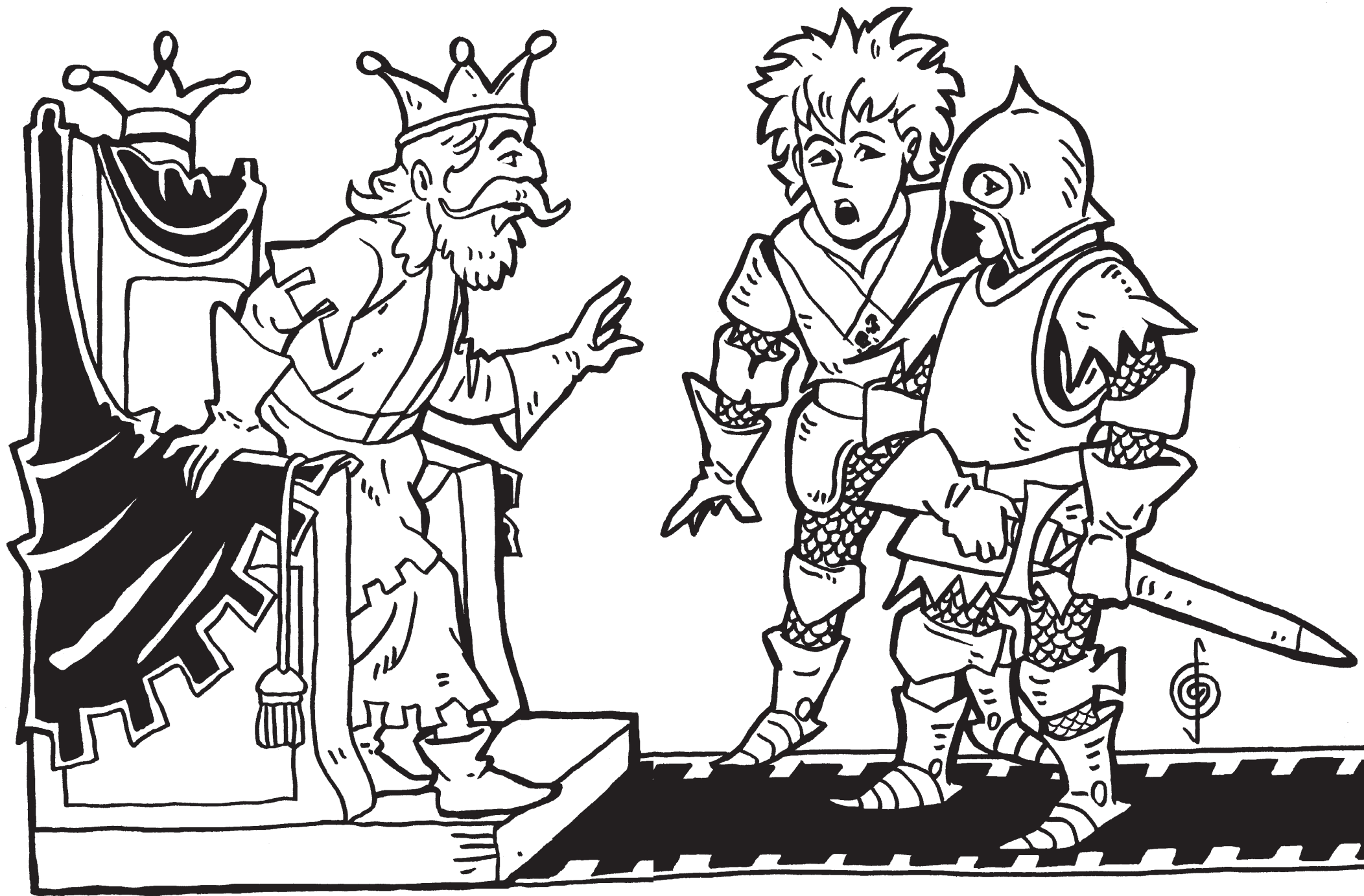
El caballero podía sentir también la inquietud de sus compañeros de guardia: ninguno de ellos había vivido jamás un episodio semejante en aquel lugar, y no sabían cómo reaccionar. Sir Wilfredo se alteró al descubrir que el caballero morado rodeaba con una mano enguantada la empuñadura de su espada, que brillaba con un fulgor inaudito. Supo que, si aquel caballero atacaba a su señor, ninguno de ellos sería capaz de evitar el desastre.

Pero el chico soltó la empuñadura y el rey se incorporó, levemente, hasta acabar por levantarse ante el trono. Se estiró sin hacer caso a su interlocutor y le ordenó guardar silencio con un gesto tajante de la mano.

—Bueno, bueno, muchacho. No te aceleres —le tranquilizó el rey, manteniendo un tono apaciguador—. Eres joven e impetuoso, y mi reino es tranquilo. Dices que un gran mal azota a tu pueblo y que no podéis defenderos solos. Y bien, ¿qué pretendes que haga yo?

—Ayudarnos a defendernos, majestad —respondió el caballero de morado.

—¿Ayuda, dices? —El rey sonrió—. ¿Y qué me dices de los valerosos guerreros de Oblectatium? ¿Acaso mi primo no tiene una hueste de nobles guerreros que lo defiendan de esa terrible amenaza que os ataca?



—No, señor —respondió apesadumbrado el chico—. Las tropas del rey Eduard se encuentran ayudando al reino de Nudicus en feroz batalla frente a los orcos y a los trols llegados del norte. Pretenden invadirlos.

—Mi primo siempre fue muy amigo de guerras, propias o ajenas. Si no fuera por sus ansias de pelea no se vería indefenso ahora. Que lo solucione él mismo —sentenció el monarca.

—Si no fuera por el rey Eduard y el rey de Núdicus, el rey Ricard, ahora todos estos reinos estarían inundados de orcos y trols, así como otros seres crueles y abominables que prefiero no nombrar. Ellos os defienden, pagan con sus vidas por la seguridad de todos, ¿y así se lo agradecéis? —gritó preso de una súbita cólera el guerrero de morado.

—¡Silencio! —tronó el chambelán, agarrando al muchacho por el hombro—. Estás hablando con el rey de Tedium, no lo olvides o el verdugo te lo recordará. Además, todos saben que aquí, tan al interior, no hay orcos... Ni nada que se le parezca —terció asqueado.

Wilfredo temió por un instante lo que el verdugo del reino podría hacerle a ese muchacho... Y al poco cayó en la cuenta de que en Tedium no había ningún verdugo.

El joven envuelto en la aparatosa armadura, apartó de un empujón al agrio chambelán e introdujo una mano enguantada en el zurrón que colgaba de su hombro, del que extrajo una bolsa de cuero curtido. Los guardias que estaban vigilando al chiquillo se acercaron más a él. Nunca había ocurrido un hecho similar ante el trono de Tedium, en todos sus siglos de existencia.

Mas las sorpresas de aquel día no habían concluido. El caballero de morado hurgó en el interior de la bolsa de cuero y extrajo una forma negruzca y pestilente.

—Esto pertenece a una de esas bestias que me atacó al cruzar el río Longos —explicó mientras levantaba una maloliente garra de orco—. Como bien sabéis, ese río está a solo un día de Tedium. He conseguido vencer a esta bestia porque iba sola, pero no sé qué habría sido de mi suerte si hubiera venido acompañada —narró con mucho teatro.

Lo cierto era que aquella garra estaba disecada. Fue un regalo que le hizo un mercenario en la taberna de Osam a su padre, hacía muchísimos años, y muy lejos de aquellas tierras. Aunque no era necesario que aquellos cobardicas conocieran ese *detallito* sin importancia.

Tras unos segundos de muda angustia y sombríos pensamientos, el rey de Tedium clavó la mirada en el caballero de morado, y le habló profundamente acongojado. Nunca había estado tan asustado.

—De acuerdo —concedió—, te ayudaré. Escoge a uno de mis caballeros, el que tú prefieras, y él te acompañará hasta tu reino para protegerlo. Mis caballeros son guerreros experimentados —mintió con descaro—. Cualquiera de ellos te servirá para amedrentar a todo un ejército.

El muchacho le miró con escepticismo. En primer lugar, porque no se creía eso de que los caballeros de Tedium fueran exactamente “guerreros experimentados”; y en segundo, porque no esperaba recibir ayuda alguna de ese reino en particular. Nadie había pedido nunca un

favor al "reino del aburrimiento". Si había acudido allí, había sido solo por pura desesperación y, sin embargo, el rey de Tedium le concedía su auxilio... aunque fuese un tanto exiguo. Pronto comprendió que, a pesar de ser una ayuda con la que no contaba, sería insuficiente.

—¿Y qué haremos con un solo caballero? —protestó el muchacho, enfadado.

—No puedo prescindir de ningún otro soldado. ¿Quién iba a proteger mis murallas si todos se fuesen a la otra punta del continente contigo? —espetó el rey—. Y agradece mi ofrecimiento, porque Tedium es un reino pacífico: nunca inicia una guerra y nunca apoya las que empiezan los demás.

—¡Pero esta guerra también es vuestra, majestad! —re-criminó el muchacho, cada vez más irritado—. Todos los reinos luchan en ella con el único objetivo de proteger a sus súbditos. Oblectatium tampoco empezó nada, pero es necesario defenderse del mal que nos amenaza a todos. Un mal que no para de extenderse.

—Y a partir de ahora, Tedium también lo hará —afirmó el soberano—, con uno de sus súbditos más aguerridos. Puedes recorrer todo mi castillo hasta dar con tu hombre. Él participará en nuestro nombre en esa guerra tuya.

Capítulo 3

LLAMADO POR EL DESTINO

El chico de la armadura morada se giró, abrumado, asombrado y muy enfadado. Conocía la fama de tozudo y egoísta del rey de Tedium, pero ahora sabía que lo era realmente. Estaba ofendido por su limitada oferta de ayuda. ¿Cómo podía ser tan estúpido? No sabía si estaba más enfadado con el rey por su egoísmo o consigo mismo por su necedad: todo el mundo sabía que Tedium jamás prestaba su ayuda.

De todos modos, había poco donde elegir. Regensis había sido en la antigüedad un continente repleto de castillos y guerreros, de ejércitos de héroes, pero ahora era un lugar en el que reinaba la paz. Hacía siglos que nada perturbaba el Reino de la Espada más allá de la subida del precio de la cebada o la escasez de trigo. No quedaban héroes entre los humanos de Regensis... Solo Oblectatium, su reino, seguía haciendo frente a las temibles criaturas que, muy esporádicamente, osaban internarse en aquellas tierras de antiguos guerreros y actuales campesinos, pescadores y labriegos.

Grey Castle era una exigua esperanza y lo sabía, pero era la única que le quedaba.

Al escuchar la oferta del rey, los asombrados guardias presentes intentaron recuperar la compostura y pasar lo más desapercibidos posible, por miedo a ser elegidos por aquel joven. En menos de un segundo, todos ellos estaban

correctamente alineados en el lugar que tenían asignado para hacer guardia, con la vista al frente y totalmente inmóviles. Procuraban eludir la mirada del muchacho, conteniendo la respiración y en un silencio absoluto. Lentamente, el joven de Oblectatium se paseó entre todos los guardias hasta llegar al puesto ocupado por Wilfredo; perdón, *sir* Wilfredo.

“Que no me elija a mí, que no me elija a mí, que no me elija...”, pensaba desesperado nuestro caballero, mientras cerraba los ojos con fuerza.

Al abrirlos, se encontró ante una escrutadora mirada de ojos grises como un cielo nublado, pero a la vez tan relucientes como el más despejado de los amaneceres. Ojeaba al chiquillo por entre las rejillas de protección del yelmo, y descubrió un hermoso rostro anguloso y repleto de pecas, coronado por un cabello largo y ligeramente ondulado, de brillantes tonalidades negras. Wilfredo sudaba bajo la armadura y las piernas le temblaban.

Nuestro amigo cerró los puños con fuerza cuando el muchacho se giró y comenzó a hablar con aquella voz suave y agradable que amenazaba con embaucar al incauto que la escuchara.

—Preferiría que fuera un voluntario el que se ofreciera para esta peligrosa aventura —argumentó el chico, resignado ante la perspectiva de contar con un único hombre como ayuda en su misión de salvar su reino.

—No pondré ninguna objeción a ese deseo tuyo, jovencito —concedió el monarca—. Preguntaremos a todos los valerosos caballeros de Tedium, a ver cuál de ellos

se ofrece voluntario para abandonar las comodidades del castillo y partir en busca de pelea con las espantosas criaturas que dices que hay en esa lejana guerra tuya. ¿Quieres que empecemos ahora mismo? —se ofreció el rey, con una malvada sonrisa llena de satisfacción en los labios.

—Sí —dijo el chico con gran entusiasmo—. Algo me dice que en esta sala se encuentra nuestro próximo héroe.

Desde lo más profundo de su ser, Wilfredo supo que algo de él estaba a punto de salir al exterior. ¿Quería dejar de ser un caballero normal y corriente para convertirse en héroe? Un hormigueo en su interior comenzó a recorrerle de arriba a abajo...

—Así sea —zanjó el monarca, frotándose las manos, más seguro de las pocas ganas de aventuras que de la fidelidad de sus caballeros—. Veamos, ¿alguno de vosotros, mi leal guardia real, está interesado en ser un gran héroe? —preguntó en tono burlón.

El silencio resultó sepulcral. Parecía que ninguno de los presentes estaba interesado en cambiar su vida por otra más interesante... y más corta. Pero...

El cosquilleo creció en el interior de *sir* Wilfredo y, en ese preciso instante, averiguó de dónde procedía aquel temblorcillo. No era su deseo de ser héroe el que le hormigueaba, sino el estornudo ahogado momentos antes, que luchaba por salir de allí. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? El temor le invadió cuando supo que esta vez sería imposible retenerlo.

El chico de morado dejó que el silencio se prolongase unos segundos mientras esperaba alguna voz que le

indicara que tenía a su voluntario. Pero tras unos incómodos minutos, la desilusión se pintó en su rostro.

—Bien, majestad —dijo con la voz casi apagada—. Veo que aquí no voy a encontrar la ayuda que necesito, así que solicito permiso para retirarme y comenzar la búsqueda del auténtico caballero: aquel que sea capaz de abandonar sus comodidades por una causa justa.

—¡*Atchís!* —Un tremendo estornudo retumbó en toda la sala y Wilfredo no tuvo más remedio que dar un paso hacia delante para mantener el equilibrio.

—¡Ahí lo tienes! —habló el rey, que se encontraba ahora tremendamente contrariado y al que la sonrisa burlona se le había borrado de golpe. Nadie querría estar frente a la mirada llameante del monarca en ese instante, cuando la cólera amenazaba con brotar en toda su extensión. No es que el rey se enfadara a menudo, pero cuando lo hacía, incluso las mismas columnas del salón temblaban de pavor—. Tu voluntario —continuó en tono despectivo, incapaz de disimular un profundo sentimiento de rencor hacia aquel desagradecido *caballerucho*.

Sir Wilfredo se quedó estupefacto al escuchar aquella afirmación de labios del mismísimo rey. Miró a su alrededor, buscando algún gesto de comprensión entre sus compañeros. No sabía qué hacer ni qué decir; estaba aturdido por lo azaroso de la situación. ¿Cómo iba a salir de aquel embrollo? ¿Cómo iba a explicar que solo acababa de estornudar?

Pero nadie le miró o le dedicó una mirada comprensiva. Se encontró con una docena de miradas adustas que parecían observarlo como si de un loco se tratase, igual

que se contempla a un niño travieso que se ha excedido en su gamberrada.

¿Alguna vez te has sentido minúsculo y pequeño como una hormiga? ¿Has notado que todo el mundo te miraba mientras te ponías rojo como un tomate y no eras capaz de decir una sola palabra? Vale, pues eso, multiplicado por mil, fue lo que sintió Wilfredo en ese momento. Sabía que se acababa de meter en el lío más gordo de toda su vida y se quedó mudo de la impresión; ni siquiera fue capaz de explicar que la culpa la tenía un inoportuno estornudo.

Se tambaleó, mareado, sintiendo que todos los músculos de su cuerpo se quedaban rígidos de estupor. La garganta se le secó completamente debido al nudo formado en ella. Sus compañeros de la guardia, que unos instantes antes habían permanecido tan inmóviles e imperturbables como él, le señalaban, incrédulos, murmurando entre sí, impresionados ante tamaña temeridad. Corrían malos tiempos en aquellos reinos extranjeros amigos de las guerras y las batallas. Sin embargo, aquel infeliz al que habían considerado uno de los suyos, estaba deseoso de lanzarse a la aventura y se presentaba voluntario; así, sin más, dispuesto a embarcarse en un peligroso viaje a extrañas tierras remotas.

Comenzaron a pensar en sir Wilfredo como en un ser temerario, gustoso del peligro innecesario, y las diferencias con sus semejantes no tardaron en extender rumores sobre aquel caballero rubio que, siendo un don nadie, había exigido una espada diferente a la del resto. También se decía que no había sido nombrado caballero junto a ellos, sino aparte, como si se considerara especial. Sin duda, un

halo de misterio envolvía a aquel *sir* Wilfredo, que incluso había solicitado un caballo especial.

El rey estaba decepcionado y confundido, además de visiblemente enfadado. No esperaba que el extranjero encontrara un solo voluntario en todo su reino. Pero que lo hubiera hecho en su mismísimo salón de audiencias y de entre su propia guardia real, era algo que le había dejado mudo de asombro. Intentó descubrir quién era el desagradecido que había bajo aquella armadura, pero fue incapaz de hacerlo. Aquellas corazas de gala tenían un carácter igualitario que hacía que no importara quién había debajo de ellas (en ocasiones, incluso permanecían vacías). Siempre parecían iguales. Y aunque no lo fueran, y el rey hubiera sido capaz de distinguir nítidamente el rostro y el cuerpo de aquel caballero, no habría sido capaz de saber de quién se trataba. Nunca se había tomado la molestia de conocer personalmente a ninguno de sus leales caballeros, a excepción, claro está, del capitán de la guardia.

El monarca, a pesar de la conmoción inicial causada por la indignación y la sorpresa, se repuso pronto y bajó los escalones con brío, casi con violencia, hasta situarse delante del voluntario. Tenía los ojos brillantes de furia apenas contenida.

—¡*Sir* Bilgen! ¡*Sir* Bilgen! ¡Traed a *sir* Bilgen! —gritó el rey con toda la fuerza de sus pulmones, sobresaltando a los presentes.

Sir Wilfredo casi se desmaya del susto, y un estruendoso repiqueteo a su derecha le indicó que uno de sus compañeros había caído redondo al suelo, debido al susto.

El chambelán de gesto adusto salió de la habitación con un portazo. Él estaba aún más enfadado y conmovido que el mismísimo rey, y al momento regresó con *sir* Bilgen, el capitán de la guardia, arrastrándole tras él.

—¿Majestad? —inquirió el capitán sumisamente, muy sorprendido por la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Y eso que él era un hombre de mundo.

—¿Quién es este... caballero? —demandó el rey, sin molestarse en intentar ocultar el tono de desprecio y alzando la voz más de lo necesario.

—Lo desconozco, alteza —respondió *sir* Bilgen, avanzando un paso—. Si me permite...

Wilfredo tragó saliva, intentando recordar una vez más si existía verdugo en Tedium, pues estaba seguro de que el monarca ordenaría que le cortaran la cabeza por su insensatez. Quería explicarse, pero seguía tan asustado que no le salían las palabras.

El capitán agarró su yelmo con las dos manos, lo levantó... Y entrecerró los ojos como si no creyera lo que estaba contemplando. Al momento reconoció a aquel desgraciado caballero de pelo pajizo, ojos azules y aspecto demacrado; aquel que poseía una espada mellada, rescatada de entre las de segunda mano, con un caballo aún más esmirriado que él, y que había sido nombrado caballero en las caballerizas un día después que sus compañeros. Había presentado que tantas injusticias harían mella en la voluntad de su alumno, pero hasta tal punto... Negó con la cabeza, pero no pudo menos que enorgullecerse de la valentía del joven. Aunque lo

mantenía en secreto, él mismo era un veterano de guerra curtido en mil batallas, aunque en Tedium no lo hubiera confesado jamás. Tenía que mantener su reputación.

—Majestad, os presento al caballero... ¿Cómo te llamas, hijo? —preguntó por lo bajo al anonadado muchacho.

—Wilfredo, señor... Me, me llamo Wilfredo —susurró el joven, que no podía reaccionar a causa de la sorpresa, engullido por aquel inesperado giro que el destino le había deparado.

—El... caballero *sir* Wilfredo, majestad. *Sir* Wilfredo de... Montesquiau —se inventó el capitán, para dar más rimbombancia al asunto.

—*Sir* Wilfredo de Montesquiau —repitió el rey, mesándose la barba—. Es nombre de noble. ¿Te valdrá como voluntario? —preguntó de improviso, sobresaltando al caballero de morado con su vehemencia.

El caballero de morado le miró fijamente. Era evidente que no le consideraba un guerrero experimentado, ni siquiera un principiante. Pero también sabía que no encontraría nada mejor en el interior de aquellas murallas.

—Me valdrá —expresó el chico, un tanto desconsolado ante la torpe figura y el rostro asustado que le observaba muerto de miedo.

Sir Wilfredo pudo haberse explicado o por lo menos haberlo intentado, pero estaba aterrado, más de lo que nunca lo había estado en toda su vida. Ni siquiera sufrió tanto el día que llegó a aquel castillo con sus padres y observó,

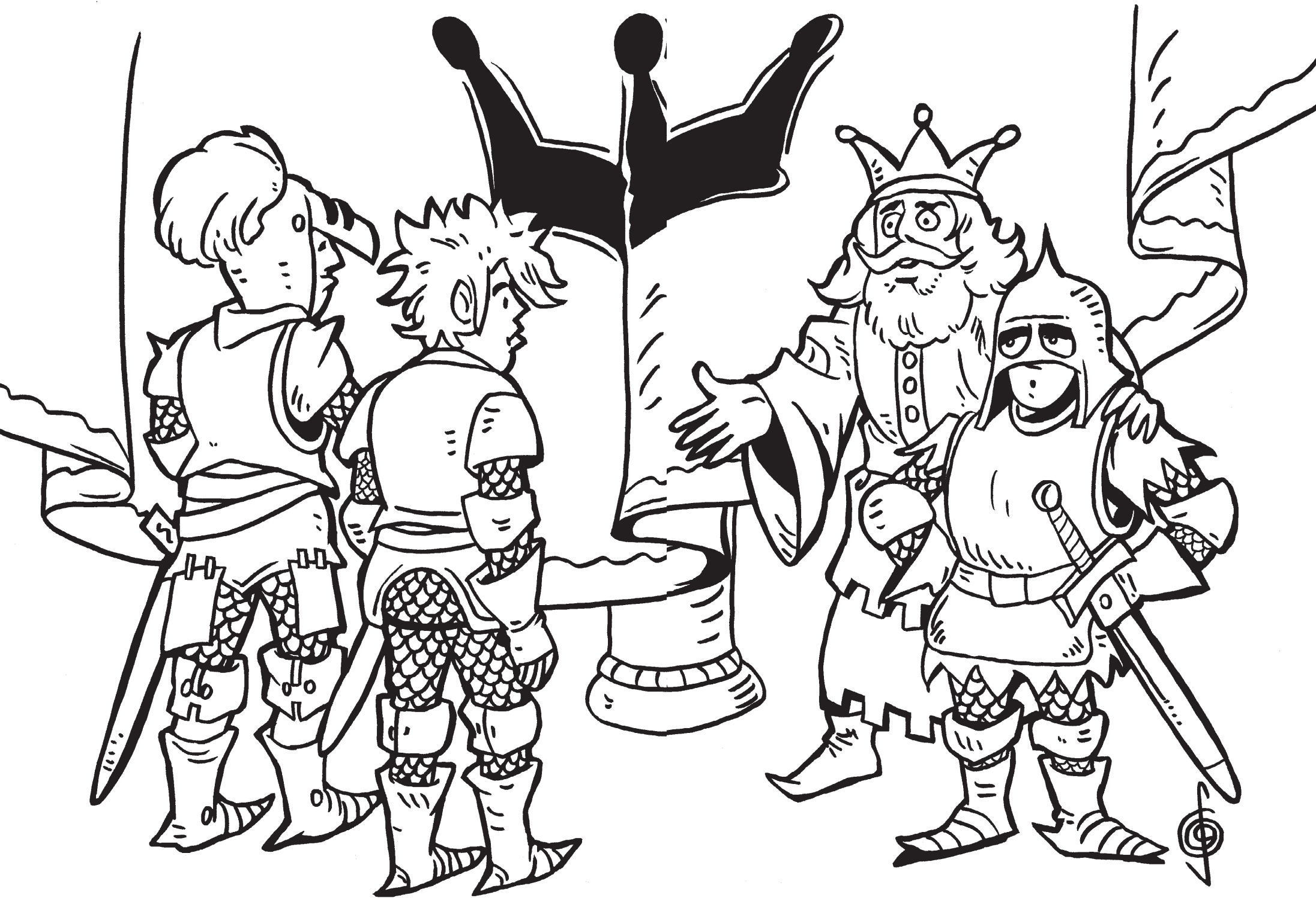
entre asustado y fascinado, las orgullosas tropas del reino más corriente de todo el mundo. Ni en su peor pesadilla se imaginó nunca saliendo de Tedium en busca de peligros y batallas.

El resto de los acontecimientos sucedieron como si se desarrollaran entre nebulosas tinieblas; cualquiera de los sueños de Wilfredo era más nítido que esta serie de imágenes en las que se había transformado su vida real. No se dio cuenta de que el rey apretaba su hombro con firmeza, casi tanto como para hacerle daño.

—Marcha a la batalla como digno hijo de Tedium, como mi real caballero andante —afirmó el monarca con mucha solemnidad, aunque sin emoción ninguna—. Y cuando termines tu misión, lleno de aventuras y prodigios, no dudes en desandar sus pasos y regresar al humilde castillo en el que se ha forjado tu alma de guerrero.

Hay que aclarar que estas palabras pertenecían a un discurso preparado por un bardo, que entregó un pliego igual a cuantos reinos visitó como pago por su estancia, y nada tenían que ver con lo que el monarca pensaba en realidad.

Sir Wilfredo no se percató de que le cambiaron de armadura por una de color púrpura (similar a la del extranjero), con un emblema irreconocible en el pecho debido a una gran abolladura que lo deformaba (el golpe había propiciado la muerte de su antiguo poseedor), que estaba algo oxidada en las articulaciones y que crujía al andar. No protestó, como de costumbre. Aun así, el capitán de la guardia, *sir* Bilgen, intentó explicar la afrenta:



—Como bien sabes, caballero Wilfredo, el reino de Tedium no puede prescindir de una indumentaria tan valiosa, y tus compañeros ya tienen las tuyas por si... Por si se presenta la ocasión. —Carraspeó—. Hay que estar preparados para estos tiempos que corren.

Y sin más discursos, le entregó la armadura oficial de Caballero Andante del Reino de Tedium (al capitán, aquel título tan sonoro que se acababa de inventar le pareció de lo más apropiado). Al decir esto, *sir Bilgen* se apartó ligeramente del caballero agraviado, aguardando una vez más su justa réplica.

Pero como siempre, *sir Wilfredo* se calló y aceptó de buen grado aquella absurda justificación.

Tampoco protestó cuando el joven de Oblectatium intentó que concedieran a aquel mudo voluntario un verdadero caballo de guerra, en vez de su pequeño y delgado rocín. Pero el encargado de los establos no se dejó convencer, y el recién nombrado Caballero Andante Oficial del Reino de Tedium, subió feliz a los lomos su pequeño Viento.

Wilfredo cargó sus pertenencias en un asno esmirriado que casi no podía ni caminar (porque no quería), y junto al caballero de morado, que iba a lomos de un impresionante alazán negro, partió hacia la lejana guerra del norte, donde le aguardaban peligros inimaginables.

En el momento de la partida, desde las más altas almenas del castillo, el capitán de la guardia, el único habitante de Tedium que guardaba un verdadero afecto por *sir Wilfredo*, permaneció largo tiempo asomado en la

terraza. Ni el rey, ni ninguno de los compañeros del joven, se habían asomado para despedirlo.

—Buena suerte —musitó antes de perderse en el interior de la torre.

Echaría de menos a ese chico. Estaba convencido de que jamás volvería a verlo.

LA GRAN AVENTURA DE SIR WILFREDO

LIBRO PRIMERO

(trilogía)

WILFREDO

ES UN MUCHACHO NORMAL Y
CORRIENTE. TAL VEZ MÁS DESPISTADO QUE
LOS DEMÁS, Y UN POCO... EN FIN, BASTANTE TORPE.
DESCUBRE EN *EL ASEDIO DE LAS SOMBRAS* CÓMO PUEDE
CAMBIAR LA VIDA DE CUALQUIERA POR CULPA DE UN HECHO
FORTUITO Y CASUAL. WILFREDO DESCUBRIRÁ, JUNTO A
UN MISTERIOSO COMPAÑERO DE VIAJE, QUE LA VIDA ES
MUCHO MÁS QUE VIVIR ENTRE MURALLAS Y COMODIDADES.
SE ENFRENTARÁ A GÁRGOLAS, ORCOS, TRAGOS Y OTROS
PELIGROS QUE JAMÁS HABÍA IMAGINADO.

TIENES EN TUS MANOS EL PRIMER LIBRO DE *LA GRAN AVENTURA
DE SIR WILFREDO*, UNA TRILOGÍA FANTÁSTICA QUE RECUPERA
LOS VALORES DE LAS NOVELAS DE
CABALLERÍA Y QUE TE MOSTRARÁ, SIN
RESERVAS, DE QUÉ ESTÁN HECHOS LOS
HÉROES... Y LAS HEROÍNAS.

¿TE ATREVES?



DiQueSí